

**Punks y psicodélicos:
rebelión estética y subversión política en la escena underground**

**Punks e psicodélicos:
rebelião estética e subversão política na cena underground**

**Punks and psychedelics:
aesthetic rebellion and political subversion in the underground scene**

Jan Clefferson Costa de Freitas¹

Resumen: Este artículo analiza y describe la conexión entre el movimiento Punk, la psicodelia y las luchas antiprohibicionistas, reflexionando críticamente sobre su historia de resistencia contra el Estado policial. En este sentido, el Punk se entiende no sólo desde la perspectiva de una expresión musical, sino como una práctica de contestación contra métodos de control disciplinario, es decir, un fenómeno multilateral que se articula con movimientos anarquistas y actividades autogestionarias. La filosofía del “hazlo tú mismo”, central en el Punk, sirvió de base para el activismo contracultural, inspirando nuevos modos de rebelión y subversión, especialmente en relación con el uso de sustancias psicodélicas como el LSD, la marihuana y el MDMA en la escena *underground*. En pocas palabras: a través de una metodología que conecta la revisión bibliográfica, la lectura atenta, el pensamiento crítico y la escritura creativa, este artículo pretende demostrar cómo la correlación de fuerzas entre contracultura, Punk y antiprohibicionismo revela formas de acción directa que van más allá de la esfera del arte, posicionándose en la dirección de una insurgencia colectiva contra los regímenes disciplinarios.

Palavras chave: Antiprohibicionismo. Contracultura. Psicodélicos. Punk. Underground

Resumo: Este artigo analisa e descreve a conexão entre o movimento punk, a psicodelia e as lutas antiproibicionistas, refletindo criticamente sobre sua história de resistência

¹ Bachillerato, Maestría y Doctorado con Posdoctorado en Filosofía por la Universidade Federal do Rio Grande do Norte. Licenciado en Filosofía y Especializado en Neurociencias por la Faculdade Única. Actualmente se especializa en Cannabis Medicinal en la Faculdade do Leste Mineiro. Coordinator Adjunto del “Grupo de Estudos em Sabedorias Enteogênicas e Filosofias Psicodélicas” de la Universidade Estadual do Ceará. Profesor Visitante de Filosofía en la Universidade Estadual do Ceará. Colaborador Académico de la Sociedad Científica Vía Synapsis [México]. Autor del libro “Transfigurações Psicodélicas: as Metamorfoses da Arte em Friedrich Nietzsche e Alex Grey”, publicado por Dialética. Contacto: jancleffersonphil@gmail.com.

contra o Estado policial. Nesse sentido, o punk é compreendido não apenas como uma expressão musical, mas como uma prática de contestação contra métodos de controle disciplinar, ou seja, um fenômeno multilateral que se articula com movimentos anarquistas e atividades autogestionárias. A filosofia do “faça você mesmo”, central no punk, serviu de base para o ativismo contracultural, inspirando novas formas de rebelião e subversão, especialmente em relação ao uso de substâncias psicodélicas como o LSD, a maconha e o MDMA na cena underground. Em poucas palavras: por meio de uma metodologia que conecta revisão bibliográfica, leitura atenta, pensamento crítico e escrita criativa, este artigo busca demonstrar como a correlação de forças entre contracultura, punk e antiproibicionismo revela formas de ação direta que vão além da esfera da arte, posicionando-se na direção de uma insurgência coletiva contra os regimes disciplinares.

Palavras-chave: Antiproibicionismo. Contracultura. Psicodélicos. Punk. Underground

Abstract: This paper presents an analysis and description of the connection between the Punk movement, psychedelia and anti-prohibitionist struggles, reflecting critically on its history of resistance against the police State. In this sense, Punk comes to be understood not only from the perspective of a musical expression, but as a practice of contestation against methods of disciplinary control, in other words, a multilateral phenomenon that is articulated with anarchist movements and self-management activities. The “do it yourself” philosophy, central to Punk, served as the basis for countercultural activism, inspiring new modes of rebellion and subversion, especially in relation to the use of psychedelic substances such as LSD, marijuana and MDMA in the underground scene. In a nutshell: through a methodology that connects bibliographical review, close reading, critical thinking and creative writing, this article aims to demonstrate how the correlation of forces between counterculture, Punk and anti-prohibitionism reveals forms of direct action that go beyond the scope of art, positioning themselves in the direction of a collective insurgency against disciplinary regimes.

Keywords: Antiprohibitionism. Counterculture. Psychedelics. Punk. Underground.

Introducción: Punks, psicodélicos y antiproibicionismo

“El camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría” (William Blake [1757-1827]).

La conexión del Movimiento *Punk* con la psicodelia y el antiprohibicionismo representa una pluralidad de fuerzas contraculturales, políticas y estéticas que surgieron como respuesta a las dinámicas de control social y disciplinario características de las sociedades occidentales de las últimas décadas del siglo XX (HOME, 1999; GOFFMAN; JOY, 2007). Aunque estas manifestaciones de rebeldía puedan parecer, a primera vista, distintas o incluso divergentes, un análisis más profundo revela una complementariedad en sus proyectos de resistencia al biopoder, a la represión totalitaria y a las normas dominantes destinadas a controlar los cuerpos, las mentes y las conciencias (HEBDIGE, 1979; MALKIN, 2023). En esta perspectiva, este artículo pretende presentar una investigación historiográfica, filosófica y multilateral de estas confluencias, articulando cómo el activismo *Punk*, los psicodélicos y los movimientos antiprohibicionistas se entrelazan en la contestación de las formas modernas de dominación.

El activismo psicodélico tiene una historiografía muy compleja y polivalente en las sociedades contemporáneas, especialmente a partir de la mitad del siglo XX. De acuerdo con Antonio Escohotado [1941-2021] en *Historia General de las Drogas* y Patty Esch en *Psychedelic Underground*, sustancias como el LSD, la DMT, la psilocibina y la mescalina, que adquirieron protagonismo durante la década de 1960 en la contracultura, fueron inicialmente celebradas por su potencial de transformación de la conciencia y su capacidad de abrir nuevas posibilidades de percepción. Autores como Aldous Huxley [1894-1963] en *The Doors of Perception* y Timothy Leary [1920-1996] en *Politics of Ecstasy*, con su defensa del uso de psicodélicos para la expansión perceptual, ayudaron a consolidar dichos psicoactivos como herramientas de autoconocimiento, liberación personal y transformación de la sociedad. Sin embargo, a partir del final de la década de 1960, con la creciente represión gubernamental y la moralidad conservadora, la psicodelia fue marginándose y criminalizándose, dentro del régimen prohibicionista que buscaba disciplinar y controlar formas de subjetividad divergentes de las normas de la modernidad capitalista impuestas por un Estado policial.²

² Para Michel Foucault [1926-1984], en *Surveiller et Punir: Naissance de la Prison*, un Estado policial se caracteriza por una estructura de poder en la que el aparato represivo, especialmente las fuerzas de seguridad, desempeña un papel central en la dominación social y el mantenimiento del orden político. En esta configuración, según Zygmunt Bauman en *Modernité et Holocauste*, el uso sistemático de la vigilancia, la represión y la criminalización de las maneras de ser consideradas desviadas sirve como herramienta para

El antiprohibicionismo se articula como la respuesta de la sociedad a las políticas represivas y de control de las sustancias psicoactivas, que se intensificaron globalmente tras la inquisición farmacológica declarada en 1971 por Richard Nixon [1913-1994]. La historiografía sobre la prohibición, presentada por David Courtwright en *Forces of Habit* y Michelle Alexander en *The New Jim Crow*, ha mostrado cómo las campañas de criminalización de las drogas estaban profundamente relacionadas con intereses políticos, económicos y raciales, que instrumentalizaron el sistema penitenciario y lo convirtieron en un mecanismo de dominación sobre las poblaciones marginadas. El movimiento antiprohibicionista, por su parte, se ha organizado en torno a la despenalización y regulación de las drogas psicoactivas proponiendo alternativas de resistencia y subversión del régimen represivo que, bajo la fachada de la salud y seguridad pública, perpetúa la violencia estructural y la exclusión social.

En términos históricos, el *Punk* surgió en la segunda mitad de la década de 1970 como respuesta al desempleo masivo y a la creciente alienación de las clases trabajadoras en los países occidentales, especialmente en los Estados Unidos y el Reino Unido postindustriales.³ Procedente del *underground* artístico, desde sus inicios hasta la actualidad, el fenómeno *Punk* adoptó una estética de la transgresión y una autonomía ética que rechazaba la industria cultural y el autoritarismo estatal. La historiografía sobre el *Punk*, que se inició con los trabajos desarrollados en el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de la Universidad de Birmingham, en particular por Dick Hebdige en *Subculture: The Meaning of Style*, destacó el activismo de este movimiento contracultural

dominar las subjetividades y neutralizar los movimientos de resistencia. Para Giorgio Agamben, en *Stato di Eccezione*, este modelo totalitario de organización estatal utiliza instrumentos legales y extralegales para reprimir la disidencia, limitando las libertades civiles y políticas en nombre de una supuesta seguridad pública, operando a menudo bajo un manto de legalidad formal que oculta prácticas autoritarias y arbitrarias. En general, el Estado policial puede caracterizarse por la suspensión o el debilitamiento de derechos naturales y políticos fundamentales, como la vida, la libertad y el debido proceso legal, en favor de una política de control disciplinario y biopolítico de las poblaciones marginadas.

³ Aunque el Punk hunde sus raíces en centros urbanos como Nueva York y Londres, la influencia de los principios anarquistas en las versiones más politizadas del movimiento hizo que éste incorporase ideas que cuestionaban directamente el legado colonial de las sociedades imperialistas occidentales y se oponían a la hegemonía del norte global sobre otros lugares del mundo, como África, Asia y América Latina (HOME, 1999; ULLOA; QUIJANO; GREENE, 2022). La fusión de horizontes entre anarquismo y decolonialidad encontró en la contracultura Punk una forma de contestar la segregación racial, el separatismo nacionalista, la explotación económica, la opresión de género y las dinámicas de disciplinarización impuestas por el Estado policial (GOFFMAN; JOY, 2007; MALKIN, 2023). Desde este ángulo, el Punk puede entenderse como la consolidación de un proyecto de resistencia, tanto estética como política, que crea acciones de insurgencia cosmopolita contra el control disciplinario y las formas de subyugación social derivadas del colonialismo.

como una acción de confrontación con las formas hegemónicas de poder, articulada a través de choques estéticos y provocaciones políticas. Sin embargo, la historiografía más reciente, como la presentada por John Malkin en *Punk Revolution: an Oral History of Punk Rock Politics and Activism*, ha avanzado en relación con los estudios preliminares al examinar el *Punk* no sólo como una subcultura simbólica, sino como una vanguardia artística que también se involucró directamente en prácticas políticas, siendo un *locus* de experimentación de la rebelión y subversión en la escena *underground*.

Los vínculos entre el *Punk* y la psicodelia no son evidentes, dado que el primero, en sus inicios, tendía a posicionarse de forma diametralmente opuesta a la cultura *Hippie*, esta última asociada de modo estrecho al uso de sustancias psicoactivas, pero al mismo tiempo complaciente y apolítica en relación a los problemas sociales (HEBDIGE, 1979; HOME, 1999). Sin embargo, a medida que el *Punk* evolucionó, especialmente entre las décadas de 1980 y 1990, surgieron ramificaciones del movimiento que empezaron a reapropiarse del uso de psicodélicos como forma de contestación y reconfiguración de la subjetividad (COLLIN, 1998; BEY, 2010). Las fiestas rave y vertientes de la música electrónica como el *Acid House* reintrodujeron elementos de experimentación psicodélica con basis en la lógica *Do-It-Yourself* [*DIY* {"hágalo tú mismo"}] heredada del *Punk*, es decir, desde una perspectiva mucho más crítica, no en el sentido de una evasión de la realidad social o trascendencia espiritual, como ocurría con los *Hippies*, sino como alternativa para subvertir las percepciones normativas y ampliar los horizontes de las éticas de la resistencia y las políticas de la libertad desde la escena subterránea.

La confluencia de la psicodelia, el antiprohibicionismo y el fenómeno *Punk* se produce, por tanto, en un terreno común de contestación contra las formas de control estatal y capitalista sobre la conciencia, la mente y el cuerpo (WRIGHT, 1998; RIETVELD, 1998). A partir de la década de 1990, movimientos libertarios como las *Riot Girls* y el *Acid Punk* también llegaron a constituir vertientes del *underground* que reconocían la posibilidad de subvertir las normas culturales y políticas mediante prácticas de rebelión estética sumadas a la apertura perceptiva de los psicodélicos y al compromiso directo en las luchas antiprohibicionistas (COLLIN, 1998; GOFFMAN; JOY, 2007).⁴ Autores como

⁴ Los movimientos *Riot Girl* y *Acid Punk* representan vertientes distintas pero interconectadas de la contracultura, cada una con su propio enfoque crítico y transformador. El movimiento *Riot Girl*, surgido a principios de la década de 1990, se estableció como una fuerza revolucionaria en la escena feminista,

John Malkin en *Punk Revolution*, así como Olga Rodríguez-Ulloa, Rodrigo Quijano y Shane Greene en *Punk: las Américas Edition* han documentado muy bien esta fusión de horizontes en diversos contextos globales, más allá de los países occidentales, desde la contracultura musical hasta las manifestaciones políticas por la despenalización de las drogas y el reconocimiento de las libertades individuales.

De esta manera, a través de una metodología analítico-descriptiva que combina la revisión bibliográfica, la escritura creativa, los diálogos interculturales, el pensamiento crítico y la lectura cercana de la intersección histórico-filosófica entre la psicodelia, el antiprohibicionismo y el *Punk*, este artículo pretende hacer una contribución original a una interpretación más completa de las contraculturas del siglo XX y su resistencia al poder disciplinario. Al conectar los movimientos en perspectiva, proponemos trazar una genealogía de prácticas y discursos que desafían las fronteras entre cultura y política, entre estética y ética, señalando nuevos modos de subjetivación, resistencia y libertad en las sociedades contemporáneas.

I – El caso Sinclair: activismo antiprohibicionista en los orígenes del punk

Desde un punto de vista historiográfico y crítico, el caso de John Sinclair [1941-2024], poeta, activista y mánager de la legendaria banda MC5, es un importante punto de inflexión para entender los modos en que se utilizó el discurso antidroga como herramienta de represión política durante las décadas de 1960 y 1970, bien como en los

articulando reivindicaciones de igualdad de género, autonomía corporal, libertad cognitiva y representación política (MARCUS, 2010; DARMS, 2013). A través de fanzines, música de protesta y acciones colectivas, como describen Sara Marcus en *Girls to the Front: the True Story of Riot Grrrl Revolution* y Lisa Darms en *The Riot Grrrl Collection*, sus activistas desafiaron las normas patriarcales y crearon redes de apoyo para las mujeres y los grupos marginados como usuarios de drogas y profesionales del sexo, haciendo hincapié en la interseccionalidad y la autoexpresión como herramientas de empoderamiento. Por otro lado, el *Acid Punk*, que surgió en la misma época de las *Riot Girls* como una rama del anarquismo contracultural, incorporó elementos psicodélicos a su estética e principios, promoviendo una visión anticonformista que rompía las barreras entre arte y política (REYNOLDS, 1998; ESCH, 2007). Este movimiento, desde el punto de vista de Patty Esch en *Psychedelic Underground: Acid Punk and the Politics of Consciousness* y Simon Reynolds en *Flash Energy: a Journey Through Rave Music and Dance Culture*, no sólo rechazaba las estructuras comerciales de la industria cultural, sino que también abrazaba la psicodelia como medio para expandir la conciencia y cuestionar las normativas represivas de la sociedad. Además, el *Acid Punk* se alineó con las luchas antiprohibicionistas, abogando por la despenalización de las sustancias psicoactivas y criticando las políticas de control estatal sobre cuerpos y mentes. Ambos movimientos, aunque distintos en sus planteamientos, compartían un compromiso con la liberación individual y colectiva, desafiaban las estructuras de poder dominantes y reimaginaban posibilidades radicales de existencia.

primeros años del movimiento Punk. Autoras como Naomi Murakawa (2014) en *The First Civil Right* y Elizabeth Hinton (2016) en *From the War on Poverty to the War on Crime* sostienen que la militarización de las políticas públicas en Estados Unidos, en particular bajo la égida de la “guerra contra las drogas”, estuvo directamente vinculada al desmantelamiento de los movimientos sociales y la consolidación de un Estado policial. La detención de Sinclair, destacado defensor de las perspectivas antiprohibicionistas en la escena contracultural, ocurrida en 1969, puede considerarse una clara manifestación de la lógica represiva, en la que el Estado utilizó la retórica de combate a las drogas para desarticular el activismo revolucionario, como, por ejemplo, las organizaciones en defensa de la legalización de las sustancias psicoactivas, las insurgencias antirracistas y la contracultura musical.

Como señalan David Courtwright (2001) en *Forces of Habit* y Michelle Alexander (2010) en *The New Jim Crow*, la política de represión antidroga, sobre todo a partir de 1971, estuvo amoldada a intereses políticos destinados a consolidar el conservadurismo mediante la demonización de los “enemigos internos”. Entre las supuestas amenazas contra el orden público estaban los activistas de los derechos civiles y las comunidades negras (MURAKAWA, 2014; HINTON, 2016). La persecución y encarcelamiento de John Sinclair, recordada en *Please Kill Me* por Danny Fields, el chófer de MC5, ofrece una mirada crítica y significativa para comprender el contexto más vasto de la “guerra contra las drogas” en Estados Unidos, con especial énfasis en los primeros años de la administración Nixon, cuando se aplicaron políticas represivas y conservadoras como parte de una estrategia deliberada de control social y político. En las palabras de Fields:

John Sinclair era una presa fácil. Creo que la defensa de la marihuana es lo que acabó con John Sinclair, más que la revolución o “follar en las calles”. Todas las fuerzas de la ley y el orden se galvanizaron en los primeros años de la administración Nixon, en una época en la que el procurador-general John Mitchell acababa de llegar al poder con un fuerte mensaje antidroga, antijuventud, de ley y orden. Y John Sinclair era grande y fuerte y pensaron que podrían cortar la cabeza de este movimiento cogiéndole a él. Así que lo arrestaron por dos cigarrillos y le impusieron la pena máxima. Había leyes draconianas en los libros entonces, que rara vez se aplicaban, excepto si te querían. Y querían a John Sinclair (apud MCNEIL; MCCAIN, 1996, p. 70, traducción nuestra).

El encarcelamiento de John Sinclair se produce durante un periodo históricamente significativo en el que la “guerra contra las drogas” se convirtió en un pilar fundamental

de la política imperialista estadounidense, con el procurador-general John Mitchell [1913-1988] como uno de sus principales arquitectos (ESCOHOTADO, 1998; COURTWRIGHT, 2001). El enfoque draconiano propugnado por Mitchell reflejaba la retórica de “ley y orden” que Nixon empleó para consolidar su base conservadora, un discurso que pretendía criminalizar el activismo juvenil y las contraculturas, asociándolos al consumo de estupefacientes, la inmoralidad y el desorden social (ALEXANDER, 2010; MURAKAWA, 2014). En el caso de Sinclair, la campaña antidroga de Nixon no sólo iba dirigida contra los jóvenes políticamente activos y los grupos contraculturales emergentes, sino que también servía para señalar una represión estatal más amplia contra cualquier forma de disidencia. La detención del activista por posesión de una pequeña cantidad de marihuana – dos cigarrillos – y su posterior condena inicial de 10 años pueden interpretarse como un esfuerzo de la administración Nixon por dismantelar las manifestaciones sociales que desafiaban el orden establecido, en particular los movimientos contraculturales, libertarios y de derechos civiles.

Como observa Michelle Alexander en *The New Jim Crow* (2010) y Elizabeth Hinton (2016) en *From the War on Poverty to the War on Crime*, la “guerra contra las drogas” fue utilizada como herramienta para perpetuar formas de opresión racial y política bajo la fachada de la seguridad pública. En este sentido, John Sinclair se convirtió en un “chivo expiatorio” simbólico. Su posición como mánager del MC5, una de las bandas más comprometidas políticamente de la época, que promovía ideas anarquistas, antiprohibicionistas y de transformación social, le convirtió en una presa fácil para las autoridades (TOLBIN, 2008; MEYER, 2011). El mero hecho de que Sinclair fuera condenado en virtud de leyes que rara vez se aplicaban – excepto en los casos en que el Estado quería dar ejemplo, como señaló Fields – revela la naturaleza selectiva e ideológicamente tendenciosa de la represión antidroga (HOME, 1999; MURAKAWA, 2014). Sinclair no fue detenido sólo por posesión de *Cannabis*, sino por su participación en un movimiento más complejo que desafiaba el orden establecido, criticaba el imperialismo estadounidense y defendía abiertamente una revolución libertaria. Según el propio testimonio de John Sinclair:

Yo era un alborotador. Oh cabrón, estábamos delante de ellos. Quiero decir, estábamos en ácido, ¿sabes lo que estoy diciendo? No estaba cabreado. Para mí era inevitable que fuera a cumplir condena o que me

matasen. No me importaba. No tenía ni idea de que me iban a meter dos años y medio en la cárcel por este puto caso en el que me cuestionaron las leyes sobre la marihuana y dictaminaron que era un peligro para la sociedad. Pero me habría ofendido si no hubieran dicho que yo era un peligro para la sociedad. Estaba decidido a ser (apud MCNEIL; MCCAIN, 1996, p. 70, traducción nuestra).

John Sinclair sugiere que su encarcelamiento no fue simplemente el resultado de infringir las leyes sobre drogas, sino de su papel como figura subversiva en el contexto más amplio de la contracultura de las décadas de 1960 y 1970, marcada por un profundo desafío a la autoridad y a las normas sociales dominantes. La detención de Sinclair desencadenó una oleada de protestas, incluido un famoso concierto en su defensa, el *John Sinclair Freedom Rally*, en 10 de diciembre de 1971, al que se sumaron personalidades como Yoko Ono, John Lennon [1940-1980] y Stevie Wonder, pero también activistas antiprohibicionistas como Allen Ginsberg [1926-1997], Jane Fonda y Ed Sanders (SALPUKAS, 1971; MEYER, 2011). Este acontecimiento consolidó aún más el carácter represivo de las políticas antidroga de Nixon, al tiempo que reveló la creciente alianza entre el activismo antiprohibicionista y los movimientos contraculturales que pretendían desafiar el autoritarismo estatal. De esta manera, tres días más tarde, el Tribunal Supremo de Michigan, por iniciativa propia, ordenó la puesta en libertad de Sinclair y después anuló su condena de 10 años, respaldando su alegación de que las leyes estatales sobre marihuana eran inconstitucionales y nulas (TOLBIN, 2008; STEWART, 2011). En este contexto, la defensa de la marihuana no era sólo una cuestión de gustos individuales, sino que se entrelazaba con luchas más amplias por los derechos civiles, la libertad de expresión y la resistencia a la militarización del Estado. De este modo, la persecución contra John Sinclair, como sostienen Tolbin (2008) en *“Free John Sinclair”* y Meyer (2011) en *John and Leni Sinclair Papers* revela la confluencia entre la criminalización de las drogas y la represión política, poniendo de relieve cómo el prohibicionismo sirvió para sofocar acciones de contestación cultural que proponían nuevas formas de libertad y subjetividad. El caso Sinclair es emblemático de cómo el poder estatal instrumentalizó la “guerra contra las drogas” para combatir no sólo el consumo de sustancias, sino también para reprimir las voces que se oponían al *establishment* político, reforzando así el control sobre los cuerpos y las mentes que se atrevían a desafiar el *statu quo*.

Desde una mirada historiográfica y filosófica, los años que siguieron a la detención de Sinclair y a la intensificación de la “guerra contra las drogas” en Estados Unidos pueden considerarse un periodo de represión calculada de un movimiento de contestación más global que cuestionaba los fundamentos de la modernidad occidental (COURTWRIGHT, 2001; ALEXANDER, 2010). Como analizan Dick Hebdige (1979) y Stewart Home (1999), la contracultura y sus usos de los psicodélicos, la música y el activismo político no pueden entenderse sólo como fenómenos marginales o desordenados; constituían una crítica radical a las estructuras de poder establecidas. El LSD, en este contexto, era una herramienta para la emancipación, para romper con las formas normativas de pensar, actuar y ser. Acerca de la importancia colectiva de la experiencia psicodélica en la escena contracultural de los años de 1970, hablemos Danny Fields:

Después de que John fuera encarcelado, pasé mucho tiempo viajando entre Nueva York y Ann Arbor porque Jon Landau y yo dirigíamos a los MC5 entre los dos. Nos turnábamos para cuidarlos. Jon Landau me había llevado a mí y a la banda a Atlantic Records. Jerry Wexler era el presidente de Atlantic y le gustaba la gente joven y moderna. Lisa Robinson, Lenny Kaye y yo íbamos a su casa y tomábamos mucho ácido. Puedo recordar los viajes de ácido mejor de lo que puedo recordar lo que sucedió a partir de ese momento. Volaba por el universo, ya sabes, hablaba con Dios, estaba de rodillas y veía cosas en el futuro. En un viaje decidí que tenía un coeficiente intelectual de 3.000. No sólo eso, podía visualizar fácilmente seres con coeficientes intelectuales de 300.000... Yo no desearía tener más fuerza que el LSD (apud MCNEIL; MCCAIN, 1996, p. 73, traducción nuestra).

El entendimiento que Fields tiene de sus viajes con LSD, descrita de forma casi mística, ilustra los extraordinarios estados de conciencia que muchos apreciadores de psicodélicos experimentaron durante los años de 1960 y 1970. Desde un ángulo de visión contracultural, la apreciación de LSD no era meramente recreativa; era una herramienta político-filosófica de resistencia y transformación social (LEARY, 1980; ESCOHOTADO, 1998). Al ampliar los límites de la percepción ordinaria, las experiencias psicodélicas permitían a los usuarios de estas sustancias cuestionar las fronteras impuestas por la sociedad capitalista, tecnológica y conservadora. El LSD posibilitó nuevas formas de subjetividad que, por su propia naturaleza, eran antitéticas a las exigencias de conformidad y control que imperaban en las políticas prohibicionistas (MCNEIL; MCCAIN, 1996; HOME, 1999). En agudo contraste con la imagen de apatía o irresponsabilidad que

frecuentemente se asocia a la escena *underground*, muchos de los usuarios de fármacos expansores de la mente creían que estaban comprometidos en una práctica seria de rebelión estética y subversión política.⁵ Esta convicción, sin embargo, chocaba con la retórica antidroga del gobierno americano, que veía en el LSD una amenaza para el “buen juicio” de la juventud (MURAKAWA, 2014; HINTON, 2016). La narración de Danny Fields, en la que los efectos del LSD se describen de forma exuberante y metafísica, no es sólo un testimonio de un periodo de efervescencia artística y cultural: forma parte de una crítica más amplia de las normativas de la prohibición que pretendían contener el potencial revolucionario de la experimentación psicodélica.

La detención de John Sinclair no puede disociarse del contexto más extenso de represión del activismo contracultural y político en las décadas de 1960 y 1970. Su prisión por posesión de *Cannabis* simboliza el modo en que el prohibicionismo fue instrumentalizado para criminalizar la disidencia política e ideológica, especialmente aquellos movimientos que desafiaban de forma directa las estructuras de poder dominantes, tanto en términos de políticas estatales como de normas sociales (COURTWRIGHT, 2001; ALEXANDER, 2010). Sinclair es, por consiguiente, una figura central de la resistencia a la prohibición, y su encarcelamiento refleja las contradicciones inherentes a una ideología que, con el pretexto de proteger a la sociedad, sirvió para reprimir formas de contestación y liberación surgidas en la contracultura de la época (MURAKAWA, 2014; HINTON, 2016). En términos generales, el caso Sinclair y la represión de la experiencia psicodélica deben entenderse como parte de un esfuerzo mayor de las autoridades por neutralizar el activismo libertario que no sólo desafiaba las políticas antidroga, sino que también proponía nuevas formas de organización social. La lucha

⁵ En las décadas de 1960 y 1970, varios movimientos contraculturales adoptaron la experiencia con los psicodélicos como herramienta para el compromiso político y la transformación de la sociedad. Entre ellos se encontraban la *Beat Generation*, cuyas figuras de William Burroughs [1914-1997] y Jack Kerouac [1922-1969] apreciaban los estados expandidos de percepción como resistencia al conformismo cultural; los Yippies [*Youth International Party*] fundados por activistas como Abbie Hoffman [1936-1989], que combinaban la psicodelia con la desobediencia civil y la crítica al capitalismo; la psiconáutica, también central en el pensamiento de colectivos anarquistas como la Comuna Haight-Ashbury de San Francisco, que veía en el uso de sustancias psicodélicas un medio de crear nuevas formas de organización social; el *Black Panther Party*, aunque con un enfoque crítico ante drogas como la heroína, dialogaba con ciertas dimensiones de la contracultura en la búsqueda de una liberación radical de las estructuras opresivas; mientras que grupos como los *Diggers* realizaban acciones directas inspiradas en una visión psicodélica de la realidad. Todos los movimientos mencionados, además de ser grandes influencias del Punk, compartían la creencia en la producción de nuevas formas de solidaridad y resistencia al *status quo* a través de la expansión de la conciencia.

contra la prohibición de las drogas, en este contexto, era una batalla por la libertad de expandir la mente, resistirse a la conformidad e imaginar nuevos futuros.

II – Revoluciones extáticas: las influencias del punk en la escena underground

Como sugieren Simon Reynolds (2005) en *Rip it out and start Again* y John Malkin (2023) en *Punk Revolution*, la música Punk emerge como un campo fértil para la articulación de discursos antiprohibicionistas, ya que cuestiona la dominación estatal sobre el cuerpo y la mente, así como las formas tradicionales de subjetivación promovidas por el capitalismo tardío y sus dispositivos biopolíticos. Para entender la relación entre el activismo antiprohibicionista y el movimiento Punk, es necesario situar esta articulación en un panorama más vasto de contestación sociopolítica (MCNEIL; MCCAIN, 1996; HOME, 1999). Los movimientos anarquistas, descritos por autores como Dick Hebdige (1979) en *Subculture: the Meaning of Style* y George McKay (1998) en *DIY Cultures: Party and Protest in Nineties Britain*, se inspiraron en las prácticas de resistencia no jerárquicas y autónomas del Punk, que se oponían a las normas impuestas por los Estados policiales y las instituciones capitalistas. Sin embargo, las interacciones entre el Punk y las sustancias psicodélicas, especialmente el LSD, la marijuana y el MDMA, amplían este debate al introducir nuevos elementos de contestación al control disciplinario de las subjetividades.

El nacimiento de las fiestas rave a finales de la década de 1980, especialmente en el contexto británico, puede entenderse como una evolución de las prácticas contraculturales originadas en el Punk, marcadas por la filosofía *DIY* y el repudio a las normativas de la cultura hegemónica (SMITH; MAUGHAN, 1998; RIETVELD, 1998). El análisis del surgimiento de la escena *Acid House* y de las raves pone de manifiesto la continuidad y adaptación del *ethos* Punk en un nuevo escenario de resistencia, combinando música electrónica, nuevas sustancias psicodélicas, así como una geografía urbana y rural que simbolizaba la reapropiación de espacios desindustrializados (HOME, 1999; BEY, 2010). Como apuntan Matthew Collin (1998) in *Altered State* y Mary Wright (1998) en *The Great British Ecstasy Revolution*, la lógica del “hágalo tú mismo”, determinante en el movimiento Punk, puede apreciarse en la organización descentralizada de las raves, que operaban al margen de las industrias culturales

convencionales y del control estatal. Al igual que el Punk se rebeló contra la comercialización de las artes de la revuelta, las raves se estructuraron en torno a un espíritu autónomo y anárquico, donde la producción y la participación se gestionaban de manera colectiva y espontánea:

La aparición de la escena *Acid House* en los clubes de las ciudades inglesas en 1987, y de la escena de las fiestas *rave* en 1988, supuso un acontecimiento nuevo e imprevisto en la cultura juvenil británica. Por un breve momento, una nueva música (*House* o *Acid Music*), una nueva droga (éxtasis) y un nuevo acontecimiento (la fiesta multitudinaria o *rave*) se unieron para generar un nuevo impulso en los moribundos años ochenta thatcherianos. La primera escena de club pronto se vio eclipsada por las fiestas ilegales, primero en galpones (una recuperación de la ciudad desindustrializada), y luego la fiesta masiva al aire libre, la *rave*. Todos los fines de semana se celebraban fiestas multitudinarias en la periferia rural y suburbana de las ciudades británicas. La escala de estas fiestas era impresionante; era habitual que hubiera varios miles de personas en una fiesta, y en la más famosa, la *rave* de Castlemorton de 1992, se calculaba que había hasta 40.000 personas. No se había visto nada igual desde el punk, y, al igual que el punk, la respuesta de los medios y las autoridades no se hizo esperar (SMITH; MAUGHAN, 1998, p. 216-217, traducción nuestra).

La lógica de autogestión de las fiestas *rave* resonaba directamente con lo que ya habían desarrollado los Punks en los años de 1970: la creación de eventos independientes, el uso de lugares no convencionales y la aversión a la institucionalización artística. El nacimiento de las raves, por tanto, debe interpretarse como parte de un linaje contracultural que rechaza las normas impuestas por la modernidad capitalista, creando brechas dentro de los paisajes urbanos y rurales para nuevas formas de experiencia social y subjetiva (COLLIN, 1998; RIETVELD, 1998). Este proceso de recuperación de espacios marginales puede compararse con el movimiento *Squatting Punk*, que también pretendía subvertir el uso del territorio habitacional en favor de una colectividad autónoma y creativa, resistiéndose a la mercantilización del espacio y a la regulación estatal (HOME, 1999; BEY, 2010).⁶ La insurgencia de las raves, con su fusión de música electrónica, sustancias

⁶ El movimiento *Squatting Punk*, surgido en los años setenta y ochenta como respuesta a la marginación urbana y la crisis de la vivienda, se caracterizó por la ocupación de espacios abandonados para la habitación, la producción cultural y el activismo político (HOME, 1995; MCKAY, 1996). Estos lugares, conocidos como *squats*, segundo Stewart Home en *Creanked Up Really High* y George McKay en *Senseless Acts of Beauty*, se convirtieron en epicentros de resistencia anticapitalista, donde las prácticas colectivas y autogestionadas desafiaban las estructuras de propiedad privada y las políticas estatales excluyentes. La escena *Squatting Punk*, desde la perspectiva de Simon Reynolds en *Energy Flash* y Patty Esch en *Psychedelic Underground*,

psicodélicas y la filosofía *DIY* heredada del Punk, representó una nueva fase en la larga tradición de resistencia *underground* contra los mecanismos de represión que sustentan la lógica del capitalismo contemporáneo.⁷ La reacción represiva del Estado ante estas prácticas, como en el caso del Punk, revela la profunda amenaza que estos movimientos representan para las formas dominantes de control y regulación social. La rave, como el Punk, puede entenderse desde la perspectiva de una manifestación del deseo colectivo de autonomía, libertad y transformación, que sigue resonando en los activismos contemporáneos de rebelión y subversión.

El apogeo de las fiestas rave en Gran Bretaña puede interpretarse como un momento de profunda transformación social, en el que la juventud recuperó elementos de la filosofía *DIY* del movimiento Punk para construir una nueva forma de resistencia contracultural. A lo largo de la década de 1980, el Punk había consolidado un *ethos* de rebelión, subversión y desprecio a la institucionalización del arte, que resonaría intensamente con la aparición de las raves y la cultura *Acid House* (COLLIN, 1998; SMITH; MAUGHAN, 1998). Esta herencia Punk, combinada con el advenimiento de las nuevas tecnologías musicales y la popularización del consumo de sustancias psicodélicas como el LSD, MDMA y la marijuana, constituiría la base de un nuevo tipo de activismo libertario, centrado no sólo en la música, sino en la creación de espacios alternativos de socialización y experimentación (RIETVELD, 1998; HOME, 1999). Lejos de ser apolítica o trivial, la

integraba a menudo elementos psicodélicos en su estética e ideología, utilizando la música, las artes visuales y las experiencias sensoriales como herramientas para la transformación de la conciencia y la crítica social. También se alineó con las luchas antiprohibicionistas, defendiendo la libertad de consumir sustancias psicoactivas y cuestionando las dinámicas represivas de control disciplinario (REYNOLDS, 1998; ESCH, 2007). Esta convergencia entre ocupación urbanística, psicodelia y antiprohibicionismo reflejaba un profundo compromiso con la autonomía individual y colectiva, así como una reimaginación radical de las estructuras sociales, en diálogo con otras expresiones de la contracultura, como el movimiento anarquista y la escena rave.

⁷ Tanto el Punk como la escena rave, ambos con una fuerte postura antiprohibicionista, se estructuraron como movimientos de confrontación al autoritarismo estatal y a la mercantilización cultural. En el caso del Punk, el rechazo a las normas sociales conservadoras y la crítica a la represión policial se vincularon al uso de psicoactivos como forma de resistencia, como ejemplifica la figura de John Sinclair y su defensa de la legalización del *Cannabis*. En el contexto de los festivales de música electrónica, la contestación a la “guerra contra las drogas” se vio reforzada por el disfrute de sustancias como el LSD y el MDMA en eventos clandestinos que desafiaban las políticas de criminalización de los psicodélicos. En este sentido, con la noción de *underground* entendemos los desarrollos de la contracultura que, desde de las márgenes del arte y de la política, enfatizan la defensa de la libertad del cuerpo y de la mente: el activismo para contestar los regímenes disciplinarios; el enfrentamiento organizado de los interdictos de la sociedad de control; y el desprecio de las formas de normativización impuestas por el sistema capitalista son actitudes ideológicas de un carácter subterráneo.

escena rave representaba un desafío directo a las formas establecidas de control sociocultural. La reacción represiva del gobierno culminó con la promulgación de la Ley de Justicia Penal y Orden Público de 1994, que criminalizaba los eventos con “música de ritmo repetitivo” y ponía de relieve el reconocimiento de que las raves no eran simples fiestas, sino encuentros para organizar la resistencia contra el Estado:

Por primera vez la palabra ‘rave’ aparecía en el lenguaje legislativo británico. Aunque otros movimientos juveniles habían inspirado nuevas leyes, nunca antes, a lo largo de años de pánico moral de posguerra por las actividades de los *teddy boys*, *mods*, *hippies* y *punks*, un gobierno había considerado la música de los jóvenes tan subversiva hasta el punto de prohibirla. El gobierno de John Major, a la inversa de muchos comentaristas pop, obviamente no consideraba que el *dance-drug* fuera algo sin sentido o apolítico (COLLIN, 1998, p. 223, traducción nuestra).

Al crear una experiencia colectiva de éxtasis y evasión temporal de las normas sociales, la música se convirtió en una forma de protesta, aunque no se articulara en términos políticos tradicionales. Tal cual el Punk había convertido la musicalidad en un arma contra el conformismo y el autoritarismo, las raves utilizaban la sonoridad electrónica para subvertir los intentos de controlar a los jóvenes y sus formas de expresión (COLLIN, 1998; WRIGHT, 1998). La transición del Punk a las raves puede verse como una evolución en las formas de resistencia *underground*, donde el espacio, el sonido y la psicodelia se han transformado en medios de la subversión. En el Punk, el ritmo agresivo y la ética del “hazlo tú mismo” eran herramientas para enfrentarse directamente a las instituciones culturales y políticas de la sociedad (SMITH; MAUGHAN, 1998; HOME, 1999). En las raves, esta resistencia se tradujo en un entorno donde los ritmos electrónicos creaban un paisaje sonoro de transgresión, mientras que el éxtasis promovía nuevas maneras de socialización y experimentación subjetiva. La rave, como antes el Punk, utilizó el arte como forma de rebelión, creando espacios temporales de libertad y desafiando las normativas de control impuestas por el Estado policial (RIETVELD, 1998; BEY, 2010). La respuesta represiva del gobierno británico a la escena rave revela el poder que pueden tener las expresiones musicales y la colectividad juvenil para desafiar las normas sociales, económicas y políticas. La fusión de filosofía *DIY*, música electrónica y psicodelia en las raves ejemplifica una nueva manifestación de anarquía contracultural, en la que la

autonomía y la creatividad colectiva se han convertido en los principales motores de la revuelta.

Como sucedió con el Punk, las raves emergieron del descontento con la comercialización de la cultura juvenil y de la necesidad de crear espacios alternativos al margen del sistema establecido. En el contexto de los festivales de música electrónica, la rebeldía se manifestó en la organización de fiestas ilegales, en contraste con los eventos legalizados y licenciados, limitados por estrictas políticas de seguridad y precios elevados (ESCOHOTADO, 1998; COLLIN, 1998). Este espíritu de autosuficiencia no sólo amplió el acceso a las fiestas: también ofreció una forma de resistencia a las normas institucionales que intentaban domesticar el inconformismo contracultural. Las raves ilegales se consideraban actos de rebelión no sólo por su carácter clandestino, sino también por el compromiso que exigían de sus participantes (RIETVELD, 1998; SMITH; MAUGHAN, 1998). Este empeño no se limitaba a la organización del evento, sino que se extendía a la propia actitud de enfrentarse a los mecanismos de control social, especialmente a la represión policial. La necesidad de burlar a la autoridad reafirmaba la esencia *underground* de las raves, reverberando la postura contestataria y *antiestablishment* del Punk:

La insatisfacción con la alternativa legal espoleó a muchos aficionados al *Do it Yourself*. Reuniendo material, se convirtieron en organizadores de sus propias fiestas. Más baratas que las raves con licencia y sin la restrictiva política de puertas de muchos clubes, miles de personas pasaban los fines de semana llamando a líneas telefónicas secretas y conduciendo en caravana a destinos de fiesta por todo el país. Se ha desarrollado una especie de esnobismo inverso en torno al circuito de fiestas libres. Las fiestas se consideraban como *hardcore*, había que tener muchas ganas de asistir y era muy probable que la policía hiciese redadas (WRIGHT, 1998, p. 237, traducción nuestra).

La relación entre las raves y las luchas antiprohibicionistas fue una característica definitoria de esta manifestación artística. La escena rave estaba estrechamente asociada al consumo de los psicodélicos, especialmente MDMA, LSD y marihuana, que desempeñaban un papel central en la experiencia de comunión y éxtasis colectivo típica de estas fiestas (ESCOHOTADO, 1998; RIETVELD, 1998). Durante la década de 1990, la intensificación de la “guerra contra las drogas” transformó la organización de raves ilegales en un acto de resistencia no sólo contracultural, sino también política. Rehusar

someterse a las leyes prohibicionistas y a la represión gubernamental creó una forma de autonomía y libertad que desafiaba directamente los intentos del Estado de regular los cuerpos y el comportamiento de la juventud (COLLIN, 1998; SMITH; MAUGHAN, 1998). Las raves ofrecían un espacio-tiempo en el que se suspendían las normativas de la sociedad moderna, lo que permitía a los participantes experimentar con formas alternativas de ser y estar en el mundo. En este sentido, los festivales de música electrónica recuperaron el espíritu psicodélico de los años de 1960, pero con una nueva sensibilidad, una percepción más pragmática y directa de su antagonismo frente al control institucional (WRIGHT, 1998; HOME, 1999). El principio de autosuficiencia, la clandestinidad como valor y la contestación a los decretos prohibitivos convergieron para crear un movimiento que, como el Punk, desafiaba las estructuras de poder y afirmaba la posibilidad de liberación y experimentación en una realidad cada vez más opresiva. Al crear espacios autónomos para la celebración extática y la organización anárquica, al margen de la dominación estatal y de las lógicas comerciales, la escena rave afirmó una nueva expresión de transgresión social y libertaria, intimamente vinculada al antiprohibicionismo.

El movimiento Punk, de acuerdo con Simon Reynolds (2005) y John Malkin (2023), surgió en la segunda mitad de los años de 1970 como una acción para desafiar el control estatal sobre los cuerpos y las mentes, enfrentándose a las normas de comportamiento promovidas por el capitalismo tardío y sus formas biopolíticas de dominación. Esta resistencia desbordó el ámbito estrictamente musical, conectándose con prácticas anarquistas y contraculturales, como sostienen Dick Hebdige (1979) y George McKay (1998). La filosofía *DIY* del Punk, caracterizada por la autogestión y el rechazo a los dictados impuestos por la industria cultural y el Estado policial, inspiró nuevos modos de rebelión, especialmente en relación con el uso de sustancias psicodélicas como el LSD, la marihuana y el MDMA, como apuntan Matthew Collin (1998) e Anna Wright (1998). A partir de esta matriz de contestación, como sugieren Smith y Maughan (1998) y Hillegonda Rietveld (1998), la aparición de las raves y de la escena *Acid House* en Gran Bretaña en las décadas de 1980 y 1990 marcó una evolución del Punk, con los sonidos electrónicos y las fiestas *underground* asumiendo el papel de instrumentos de subversión social y política. Las raves, celebradas en espacios desindustrializados y rurales, operaban

al margen de las lógicas capitalistas, incorporando el principio del “hazlo tú mismo” y creando nuevas formas de sociabilidad y subjetivación, todas ellas guiadas por un deseo colectivo de autonomía y libertad.

Consideraciones finales: Del punk psicodélico a la psicodelia punk

“El poeta se hace visionario por medio de un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos” (Arthur Rimbaud [1854-1891]).

En la primera parte de este trabajo, se observó que la “guerra contra las drogas”, tal y como la analizan Timothy Leary (1980), Antonio Escohotado (1998) y otros académicos sirvió y sigue sirviendo como herramienta para mantener un orden social jerárquico, en el que la criminalización de las conductas dichas desviadas, especialmente vinculadas al consumo de sustancias psicoactivas, reforzaba la supresión de cualquier amenaza al *statu quo* (COURTWRIGHT, 2001; ALEXANDER, 2010). La condena de John Sinclair por posesión de dos cigarrillos de *Cannabis* no sólo ejemplifica la naturaleza desproporcionada y arbitraria de estas políticas, sino que también demuestra cómo se utilizó el aparato legal para debilitar movimientos más amplios que defendían tanto la libertad individual como la transformación social.

La figura de John Sinclair, como símbolo de contestación contra las normas sociales conservadoras, representa una colisión entre los ideales libertarios de la contracultura y la fuerza coercitiva del aparato estatal (SALPUKAS, 1971; MEYER, 2011). El caso en análisis, así como el activismo antiprohibicionista de los primeros años del movimiento Punk, pone de relieve la relación intrínseca entre la represión policial y el control ideológico de las formas de resistencia contracultural y política (TOLBIN, 2008; STEWART, 2011). La detención de Sinclair,mánager de la banda MC5 y notorio defensor de la legalización de la marihuana, no fue sólo un incidente aislado de aplicación de la ley antidroga, sino una manifestación deliberada de la lógica represiva del Estado policial.

La inquisición contra las drogas, en este sentido, no se limita a la interdicción de sustancias; es una guerra contra la pluralidad de formas de vida que escapan al control normativo de los mecanismos estatales. La persecución de Sinclair, como bien señalan los autores James Tolbin (2008) y Stephen Meyer (2011), forma parte de una estrategia de

represión política para anular las posibilidades de liberación que emergen de la experiencia contracultural. La persecución a la que se enfrentaron John Sinclair y otros activistas antiprohibicionistas refleja la naturaleza del Estado policial, que, al criminalizar las prácticas y los movimientos disidentes, intenta mantener la hegemonía de un modelo social homogéneo y conformista.

Al problematizar el caso Sinclair en el contexto de los primordios del movimiento Punk y la contracultura psicodélica, queda claro que el prohibicionismo sirvió sobre todo para dismantelar prácticas de emancipación individual y colectiva (ESCOHOTADO, 1998; GOFFMAN; JOY, 2007). La lucha contra la prohibición de las drogas, en este sentido, no debe verse sólo como una reivindicación de derechos individuales, sino como parte de un activismo más amplio contra el autoritarismo estatal, el conformismo social y la represión cultural (MURAKAWA, 2014; HINTON, 2016). La defensa de las sustancias psicoactivas, especialmente en el contexto de la contraculturalidad Punk, constituye una afirmación radical de la libertad, una negativa a aceptar los límites impuestos por el poder dominante. La resistencia mostrada por el Punk, al desafiar las normativas del prohibicionismo, se configura como un grito colectivo por la autonomía del cuerpo y de la mente, en la búsqueda incesante de nuevos horizontes de existencia.

La reflexión sobre la interacción entre el movimiento Punk, el antiprohibicionismo y la psicodelia revela una profunda articulación entre la resistencia subterránea, política y artística en respuesta al control estatal y capitalista de las subjetividades. La música Punk, como señalan Reynolds (2005) y Malkin (2023), no se limitaba a la rebelión sónica, sino que encarnaba una postura de rechazo radical de las formas hegemónicas de normativización de los cuerpos y las mentes, especialmente frente a la biopolítica contemporánea representada por el Estado policial. El espíritu del *DIY*, fundamental en el Punk, sirvió de plataforma para desafiar la mercantilización de las expresiones estéticas, reconfigurando el espacio contracultural en un escenario de autoexpresión, emancipación y autonomía *underground*.

En la segunda parte del trabajo, se puso de manifiesto que, a lo largo de los años de 1980 y 1990, la lógica subversiva del “hazlo tú mismo” evolucionó hacia otros escenarios, especialmente con el auge de la escena *Acid House* y las fiestas rave (COLLIN, 1998; RIETVELD, 1998). La intersección entre la música electrónica, la apreciación de

psicodélicos como el LSD, el MDMA y la marihuana, y la organización descentralizada de estos festivales ilegales, consolidó un nuevo terreno de contestación sociopolítica (WRIGHT, 1998; SMITH; MAUGHAN, 1998). La escena rave, con sus raíces en el Punk, no sólo perpetuó el espíritu de rebelión, sino que lo recontextualizó, transformando los eventos artísticos en espacios temporales de autonomía radical, donde la sonoridad y la experiencia extática, mediadas por sustancias psicodélicas, permitían suspender momentáneamente las normas impuestas por el Estado policial y el capitalismo tardío.

Desde la perspectiva presentada por Mathew Collin (1998) e Hillegonda Rietveld (1998), la intersección entre el Punk, el antiprohibicionismo y la contracultura psicodélica revela una continuidad de resistencia que trasciende las fronteras musicales y culturales, consolidándose como una estrategia de insurgencia frente a las formas hegemónicas de poder. Como sostienen Mary Wright (1998) y Stewart Home (1999), la escena rave, tal cual el Punk, no es sólo un fenómeno musical, sino un poderoso campo de batalla donde las fuerzas de la libertad, la autonomía y la subversión se enfrentan directamente a los dispositivos de control que intentan limitar la expresión juvenil y contracultural. La organización autónoma y la creación de espacios alternativos, ya sea en fiestas rave o en okupas Punk, afirman la posibilidad de una transformación social basada en la desobediencia civil, la experimentación subjetiva y la contestación directa de las estructuras opresivas del Estado y el capital.

El vínculo entre el Punk, la psicodelia y el antiprohibicionismo, analizado y descrito a lo largo de este estudio, pone de manifiesto la profunda relación entre la resistencia contracultural y política a las estrategias de dominación estatal y capitalista (COLLIN, 1998; GOFFMAN; JOY, 2005). Desde la criminalización de las drogas hasta la represión de la contracultura, el Estado policial se presenta como un instrumento de mantenimiento del *status quo*, reforzando las normas sociales que inhiben tanto la libertad individual como el potencial transformador de la experiencia psicodélica (FOUCAULT, 1975; LEARY, 1989). A partir del caso de John Sinclair, queda claro que las políticas prohibicionistas no se limitan a controlar las sustancias, sino que forman parte de un esfuerzo más amplio por contener las maneras de ser que confrontan al control normativo (TOLBIN, 2008; MEYER, 2011). Movimientos como el Punk y las raves de los años de 1990, con su celebración de la autonomía y su rechazo de las convenciones establecidas, son poderosos ejemplos de

contestación anárquica que resignifican la lucha antiprohibicionista como una afirmación radical de la libertad corporal y mental (RIETVELD, 1998; WRIGHT, 1998). En este contexto, las futuras líneas de investigación deberían examinar las intersecciones entre radicalidades contraculturales, enfrentamiento a la biopolítica y rebelión estética, considerando el potencial emancipador de las prácticas psicodélicas en la escena *underground* para confrontarse a los padrones contemporáneos de la violencia disciplinaria.

En términos generales, el movimiento Punk y sus ramificaciones, como las fiestas rave, ejemplifican el poder subversivo de la contracultura psicodélica en conjunción con la anarquía, operando como una forma de resistencia colectiva que dismantela las estructuras opresivas a la vez que propone nuevas maneras de revolución y apreciación existencial basadas en la libertad, la creación autónoma y el rechazo de las normas establecidas. El antiprohibicionismo, en este horizonte, emerge no sólo como una lucha por la legalización de las sustancias psicoactivas, sino como una batalla por la autonomía sobre el propio cuerpo y la propia mente, subvirtiendo los intentos de control disciplinario y afirmando el derecho a experimentar las potencialidades expansivas de la percepción y la conciencia.

Referencias

- AGAMBEN, Giorgio. *Stato di Eccezione: Homo Sacer*, v. II/1. 10ª Ed. Torino: Bollati Boringhieri, 2003.
- ALEXANDER, Michelle. *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colorblindness*. New York/London: The New Press, 2010.
- BAUMAN, Zygmunt. *Modernité et Holocauste*. Paris: La Fabrique, 2003.
- BEY, Hakim. *Zonas Autônomas Temporárias*. Porto Alegre: Editora Deriva, 2010.
- COLLIN, Matthew. *Altered State: the History of Ecstasy Culture and Acid House*. London: Serpent's Tail, 1998.
- COURTWRIGHT, David. *Forces of Habit: Drugs and the Making of the Modern World*. Massachusetts: Harvard University Press, 2001.
- ESCH, Patty. *Psychedelic Underground: Acid Punk and the Politics of Consciousness*. Berkeley: Counter-Culture Press, 2007.
- ESCOHOTADO, Antonio. *Historia General de las Drogas*. Madrid: Alianza Editorial, 1998.
- FOUCAULT, Michel. *Surveiller et Punir: Naissance de la Prison*. Paris: Gallimard, 1975.
- GOFFMAN, Ken; JOY, Dan. *Counterculture through the Ages: from Abraham to Acid House*. New York: Villard Books, 2007.

- HEBDIGE, Dick. *Subculture: the Meaning of Style*. London/New York: Routledge Press, 1979.
- HINTON, Elizabeth. *From the War on Poverty to the War on Crime: the Making of Mass Incarceration in America*. Massachusetts: Harvard University Press, 2016.
- HOME, Stewart. *Assalto à Cultura: Utopia, Subversão, Guerrilha na (Anti)Arte do Século XX*. Tradução de Cris Siqueira. São Paulo: Conrad Editora, 1999.
- HOME, Stewart. *Cranked Up Really High: Genre Theory and Punk Rock*. Hove: Codex, 1995.
- HUXLEY, Aldous Leonard. *The Doors of Perception*. New York: Harper Books, 1954.
- LEARY, Timothy Francis. *The Politics of Ecstasy*. Berkeley: Ronin Publishing, 1980.
- MALKIN, John. *Punk Revolution: an Oral History of Punk Rock Politics and Activism*. London: The Rowman & Littlefield Publishing Group, 2023.
- MARCUS, Sara. *Girls to the Front: The True Story of the Riot Grrrl Revolution*. New York: Harper Perennial, 2010.
- MCKAY, George. *DIY Cultures: Party and Protest in Nineties Britain*. London: Verso, 1998.
- MCKAY, George. *Senseless Acts of Beauty: Cultures of Resistance Since the Sixties*. London: Verso, 1996.
- MCNEIL, Legs; MCCAIN, Gillian. *Please Kill Me: the Uncensored Oral History of Punk*. New York: Groove Press, 1996.
- MEYER, Stephen. *The John and Leni Sinclair Papers: 1957-1999*. Michigan: Bentley Historical Library, 2011.
- MURAKAWA, Naomi. *The First Civil Right: how Liberals built Prison America*. New York: Oxford University Press, 2014.
- REYNOLDS, Simon. *Energy Flash: A Journey Through Rave Music and Dance Culture*. London: Faber & Faber, 1998.
- REYNOLDS, Symon. *Rip it Up and Start Again: Post-Punk 1978-1984*. New York: Penguin Books, 2005.
- RIETVELD, Hillegonda. Repetitive Beats: Free Parties and the Politics of Contemporary DiY Dance Culture in Britain. In: MCKAY, George. *DIY Cultures: Party and Protest in Nineties Britain*. London: Verso, 1998.
- SALPUKAS, Agis. 15,000 Attend Michigan U. Rally to Protest Jailing of a Radical Poet. *The New York Times*, Dec. 12, p. 76, 1971.
- SMITH, Richard; MAUGHAN, Tim. Youth Culture and the Making of the Post-Fordist Economy: Dance Music in Contemporary Britain. *Journal of Youth Studies*, v. 2, n. 1, pp. 211-228, 1998. Available in: <https://doi.org/10.1080/13676261.1998.10593007>
- STEWART, Will. John Sinclair recalls Impact, importance of Freedom Rally. *The Ann Arbor News*, Dec. 1, 2011.
- TOLBIN, James. "Free John Sinclair". Michigan Today, Jun. 17, 2008.
- ULLOA, Olga Rodriguez; QUIJANO, Rodrigo; GREENE, Shane (Eds.). *Punk!: las Américas* Edition. London: Intellect, 2022.
- WRIGHT, Mary Anna. The Great British Ecstasy Revolution. In: MCKAY, George. *DIY Cultures: Party and Protest in Nineties Britain*. London: Verso, 1998.